

# EL PUENTE DEL INCA

Esta historia sucedió hace mucho tiempo, cuando Cuzco era la capital del gran imperio inca.

Cuentan que el único hijo del emperador enfermó gravemente. Solo tenía doce años. Ni los médicos ni los hechiceros más prestigiosos sabían cómo curarlo. El niño empeoraba día a día.

—¿Cómo es que no hay cura para mi hijo?! ¡Sigán buscando! ¡Tiene que haber algo que lo salve!

Una noche, un astrólogo muy sabio observó detenidamente las estrellas. Estas le enviaron un mensaje esperanzador.

—Señor, me comunicaron los astros que existen unas aguas milagrosas en el sur, a miles de lunas de distancia. Quizá tu hijo no muera, pero es un viaje muy largo y peligroso.

—Mientras exista una posibilidad de que se salve, ¡yo mismo lo llevaré sobre mis hombros si es necesario!

Sin perder tiempo, el emperador y su hijo enfermo emprendieron el viaje hacia el sur. Iban acompañados de los mejores exploradores y guerreros, varios médicos y el astrólogo. Todos los días, al amanecer, el emperador suplicaba a sus súbditos...

—No se olviden de pedir a Inti, nuestro dios Sol, su protección para la jornada que comienza.

Durante aquel interminable y agónico viaje, se enfrentaron sin quejarse a **TODO TIPO DE PELIGROS**: tormentas brutales, ataques de alimañas, emboscadas de otras tribus... Pero jamás se rindieron.

—¡Adelante, siempre adelante! ¡Ánimo, lo conseguiremos!

Por fin, varios meses después de abandonar Cuzco, un explorador gritó señalando al oeste. Se veía la impresionante cordillera de los Andes y el monte Aconcagua.

—¡Ahí, ahí hay agua! ¡Señor, llegamos!

—El dios Inti ha sido bueno con nosotros. ¡Aguanta, hijo!

Pero no contaban con un terrible problema que parecía condenar al fracaso la expedición...

—Señor, tengo malas noticias... Hay un profundo precipicio de unos treinta metros de ancho. Es imposible llegar hasta las aguas termales. Lo siento...

El hijo del emperador, que se sentía fatal y había sobrevivido al viaje de milagro, cerró los ojos.

—Gracias, padre. Gracias a todos por su esfuerzo. Pero se acabó. Voy a morir...

—¡No morirás ahora, hijo! ¡Confía en los dioses y confía en mí! ¡Soldados, construiremos un puente humano para cruzar al otro lado!

Uno a uno, los soldados se agacharon y se agarraron de la cintura en filas de a dos. En poco tiempo habían formado con sus espaldas algo parecido a un puente.

El emperador cargó a su hijo sobre sus hombros y cruzó el precipicio caminando sobre sus sacrificados guerreros.

—¡LO CONSEGUIMOS, HIJO!

En cuanto el niño se sumergió en las aguas termales, se curó. El emperador se dio la vuelta para agradecer a sus soldados el esfuerzo. Pero no pudo hacerlo...

¡Los valientes que habían formado el puente humano se habían convertido en un puente de piedra!

Desde entonces, aquel lugar se conoce como el «Puente del Inca». Y aquellos héroes anónimos son recordados de generación en generación, hasta nuestros días.

*Los verdaderos héroes de un país son los que ayudan en la sombra.*

